

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo. Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

(GEN. CAP. II, VERS. 2 Y 3)

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

HOMILIA

SOBRE EL EVANGÉLIO

DE LA DOMINICA 6.^a DE PENTECOSTÉS.

Et manducaverunt
et saturati sunt Marci,
VIII, 8.

Y comieron y se hartaron.

Bien lo ha hecho todo el Señor omnipotente que sacó de la nada todas las cosas y las gobierna con amorosa providencia. *Bené fecit omnia*. Así exclamaba el pueblo en presencia de los prodigios que obraba Jesucristo, dando vista á los ciegos, habla á los mudos salud á los enfermos y vida á los muertos.

Bien ha hecho todas las cosas, repiten los montes y los valles, las ciudades y los desiertos, hollados por la planta del Hijo de Dios y santificados por su virtud infinita, obradora de prodigios estupendos que son otros tantos beneficios en favor de los hombres. Bien ha hecho todas las cosas, repiten los siglos y las generaciones que han recibido la luz y la vida de ese sol divino, nacido de las virgina-

les entrañas de María para presidir este día grande que comienza en la cuna de Belem y se perpetuará en los siglos eternos. Los cielos y la tierra entonan el mismo cántico de alabanza, y el hombre, rey de la creacion, pontífice del Universo, preside el coro inmenso de las criaturas, que cantan la gloria de Jesús, diciendo: Bien ha hecho todas las cosas en los cielos y en la tierra. *Bené fecit omnia*. Todo lo hizo bien en el desierto, alimentando por medio de un milagro á la muchedumbre que le seguia, sin acordarse de comer, como leemos en el Evangelio de la presente Dominica. Buscando primero el reino de Dios, oyendo y practicando su doctrina, manjar sabroso y necesario de nuestras almas, todas las demás cosas, se nos darán por añadidura. El pasaje evangélico que vamos á comentar, pondrá de relieve la necesidad de preferir los intereses de la eternidad á los intereses del tiempo, los bienes del alma á los bienes del cuerpo, los goces purísimos del espíritu á los groseros placeres de la materia. Todos los males de la sociedad

actual que son gravísimos, provienen de esculto exagerado que rinde al interés material, único Dios de las generaciones contemporáneas. Si las almas se envilecen y se degradan los caracteres; si cunde la corrupción, y reina la miseria; si triunfan los vicios y desaparecen las virtudes, todo es debido á la excesiva solicitud con que se buscan los bienes materiales, y al menosprecio con que se miran los bienes morales.

Pues bien: interesa en alto grado al hombre y á la sociedad reconocer y confesar que el afán inmoderado de los bienes materiales nos hace desdichados en el tiempo y en la eternidad.

Un hombre célebre y nada sospechoso á los enemigos de la Iglesia ha rendido tributo de alabanza á la Religión católica, diciendo estas palabras notables: ¡Cosa admirable! La Religión católica que al parecer sólo busca la salvación eterna de los hombres, promueve al mismo tiempo por modos y medios tan maravillosos como verdaderos los intereses de su temporal felicidad. Mejor lo ha dicho el Evangelio: Buscad lo primero el reino de Dios, y vendrán las demás cosas como añadidura. Los ojos del Señor se fijan en los justos de la tierra que se entregan confiados á su Providencia y marchan con pié firme por el camino de la virtud sin volver la vista hácia esa turba de insensatos que se atropellan unos á otros en las avenidas de la fortuna. Joven fui y ya soy viejo y no he visto jamás al hombre justo en el desamparo ni á sus hijos mendigando el pan. No tenían que comer las turbas del Evangelio; salieron de su casa sin provi-

siones ni se acordaron del sustento; abandonaron su casa, sus haciendas, sus comodidades por seguir á Jesucristo y aprender su maravillosa doctrina. Eran como cuatro mil y se hallaban en un desierto. Tres días hacia que seguían al Salvador. No quedará sin recompensa la fé del pueblo. Oíd, oíd. Viendo el Salvador la muchedumbre que le seguía llamó á sus discípulos y les dijo: *Misereor super turbam*. Tengo compasión de estas gentes porque tres días há que me siguen y no tienen que comer. Si los enviaré en ayunas á su casa desfallecerán en el camino; pues algunos de ellos han venido de lejos.

Este pueblo sigue á Jesucristo con tanto ardor que se olvida hasta de lo necesario. Si vuelven á sus casas en ayunas, desfallecerán en el camino. ¿Quién alimentará á tanta gente en medio de tanta soledad? Jesucristo es poderoso en obras y palabras. ¿Quién alimentaba á todos los seres que pueblan el universo? ¿Quién hace la maravilla de multiplicar hasta lo infinito las semillas, arrojadas á la ventura en los surcos de la tierra? ¿Quién hace germinar esas ricas y variadas producciones que sirven tan admirablemente para nuestro sustento, comodidad y regalo? No há menester Jesucristo nuestro Señor auxilio ajeno; bástale su palabra que es omnipotente. El hablará y todo será hecho. El mandará y habrá pan en abundancia. *Ipse mandavit et creata sunt*. Los discípulos han conocido la intención del Salvador, han escuchado sus palabras compasivas, pero su fé es tibia, vacilante y desconfiada. Por eso respondieron y dijeron: ¿De dónde podrá

alguno hartarlos de pan aquí en esta soledad? Así responde la incredulidad. Si abunda el pan, respondemos á Dios con la ingratitud; si escasea, murmuramos de su Providencia. No piden las turbas del Evangelio, no se inquietan, ni se afanan por el sustento. Jesucristo lo ve, y se digna obrar un milagro, que pone de manifiesto su poder infinito y su infinita caridad. Y preguntó á sus discípulos: ¿Cuántos panes tenéis? Ellos dijeron: siete. Y mandó á la gente que se recostase sobre la yerba, y tomando los siete panes, dió gracias, los partió y dió á sus discípulos para que los distribuyesen entre la gente. Tenían también unos pocos pececillos: y los bendijo y mandó que también se los distribuyesen. Todos comieron hasta saciarse, y alzaron los pedazos sobrantes, siete espuelas. Eran como cuatro mil y Jesús los despidió. Bien lo ha hecho todo Jesucristo: ha satisfecho las necesidades de la multitud, alimentando su alma con la verdad y su cuerpo con el pan de la caridad.

Así premia el Señor la confianza en su Providencia y el reconocimiento de sus beneficios. ¿Somos nosotros como las turbas del Evangelio? Buscamos á Jesucristo con la misma solicitud y seguimos su doctrina con la misma perseverancia? Antepone los intereses del alma á los intereses del cuerpo, las leyes de Dios á las leyes del mundo, los bienes espirituales que nos harán eternamente felices á los bienes temporales que pueden hacernos eternamente desgraciados? Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo sereis ciegos de espíritu y pesados de corazón?

Porque amais la vanidad y corréis afanosos en pos de la mentira? ¿De qué os servirá ganar todo el mundo, y poseer sus tesoros si perdeis vuestra alma? No andeis tan afanados para vuestra alma qué comereis, ni para vuestro cuerpo que vestireis? No vale más vuestra alma que la comida y vuestro cuerpo más que el vestido?

Mirad las aves del cielo que no siembran ni siegan ni allegan en graneros: y vuestro Padre celestial las alimenta. Pues no sois vosotros más queridos de Dios que las aves? No os digo que no sembréis ni recojáis, sino que lo hagáis sin desconfianza, sin inquietud y sin turbación. No os digo que renunciéis al trabajo y os entreguéis á la ociosidad. El trabajo es un deber santificado por el Evangelio; la ociosidad es un vicio, causa de otros muchos vicios. Lo que os digo es que no convirtais el trabajo en ofensa de Dios, que no trabajéis en los días festivos, que no os afaneis por los bienes de la tierra, hasta el punto de olvidar y menospreciar los bienes del cielo. Tenéis un alma nobilísima, y ella os pide su alimento y su vestido; su alimento que es la verdad y su vestido que es la gracia. ¿Porque andais acongojados por el vestido del cuerpo? Considerad los lirios del campo: no trabajan, ni tejen ni trillan; pues os digo que ni Salomón en toda su gloria estuvo vestido con tantos primores como uno de ellos. Pues si á la flor del campo que hoy es tan hermosa y mañana cae marchita, Dios viste así ¿cuánto más á vosotros, hombres de poca fé? No pongais vuestro corazón en las cosas de la tierra, no encadenéis vuestro espíritu á los bienes caducos de esta

vida, no os hagais esclavos de la codicia, no os afaneis diciendo: Qué comeremos, ó qué beberemos, ó con qué nos cubriremos. Esos afanes no son propios de cristianos que creen en la Providencia y aspiran al logro de los bienes eternos, sino de los gentiles que no teniendo lumbre de fé, desconocen los goces de la virtud y colocan toda su dicha en los viles placeres de los sentidos y en los bienes miserables de la vida presente. Buscad primero el reino de Dios y todo lo demás se os dará *por añadidura*. Lo primero es la justicia, lo primero es la virtud, lo primero es la santificación de nuestra alma, lo primero es servir á Dios aquí en la tierra para gozar con Él allá en los cielos. Todo lo demás se nos ha dado como *añadidura*; esto es, no como un bien definitivo, no como un bien supremo, digno de toda nuestra atención y de todos nuestros afanes, sino como un medio por el que podamos llegar á la posesion del sumo y verdadero bien. (1) ¡Ah! sino tendríais una alma inmortal, imágen y semejanza de Dios, si estubierais destinados á vivir un dia como la flor del campo y á pasar como una sombra que empaña por breves instantes el espejo del espacio; sino tubiéramos otro fin ni otro destino que gozar de los bienes de esta vida; si todo acabará con la muerte; si todo terminara con ser más ricos, con procurarse mejor alimento, mejor vestido, mejor habitacion y más placeres y mayores comodidades que nuestros ascendientes, entiendo que diríais: Corta es la vida y breve el gozar.

Coronemonos de rosas antes que se marchiten, y no haya placer que no gaste nuestro apetito; pero cuando sabemos que no está aquí nuestra morada, que hemos nacido para más altos fines, y que más allá del sepulcro hallaremos galardón eterno ó eterno castigo segun nuestras obras; cuando tenemos un corazon cuyo deseo es una sed infinita, y un espíritu cuyo amor es una llama inextinguible, cuyas ideas son más numerosas que los astros, cuya razon es más grande que el espacio, cuya vida más duradera que el tiempo, es un desorden anteponer los bienes del cuerpo á los bienes del alma, es una insensatez hacer de nuestro espíritu, destello divino un miserable esclavo de la vil materia, es una locura preferir los groseros placeres de este destierro á las eternas é inefables alegrías de nuestra Pátria que es el cielo.

Buscad, pues, antes que todo el reino de la virtud en vuestros corazones, amad á Jesucristo que es la verdad, el camino y la vida, seguidle con fé por dó quiera que vaya, bendecidle en las alegrías y en las tristezas, en la abundancia y en la penuria; obrad el bien y evitad el mal, y seireis felices en el tiempo y en la eternidad, Amen.

POR DIOS.

En 1856, Mons. D.... Obispo á la sazón de N..., y mas tarde Arzobispo de P..., dirigió una esquila al comandante general del departamento. Dicha esquila, asaz lacónica, revelaba cierta preocupacion. Deseaba el

Prelado una conversacion confidencial, sin dejar de adivinar el asunto. Obispo y general cultivaban relaciones casi intimas, agradables, llenas de confianza. Lejos estaba entonces el soldado de pensar que algun dia escribiria el término cruel, bien que glorioso del sacerdote.

Fué, pues, el general al palacio episcopal, en donde Su Ilustrísima, que se hallaba solo en su gabinete, le contó que un jóven soldado, dragon de la guarnicion, acudia á la catedral varias veces por semana y se ponía á pasear reposadamente, unas veces hácia la pila del agua bendita, otras cerca del cepillo de los pobres, y á menudo junto la entrada de una capilla. A veces sóla permanecer una hora entera inmóvil y con los ojos fijos en el altar ó en algun cuadro del *Via-Crucis*.

Era la actitud del jóven militar respetuosa, y jamás una palabra salía de sus lábios.

Siempre de pié, apenas se ocupaba del principio ni del fin de los oficios. Su atencion parecia estar en otra parte; el bedel de la iglesia, que se habia fijado en ejercicio tan extraordinario sospecha la algun crimen ó delito. Dió de ello aviso al suizo y ambos se prometieron no perderlo de vista. Pero no sacando nada en limpio, contaron el caso á un coadjutor, que interrogó al soldado con bondad, y hasta le invitó á sentarse. Esa proposicion fué deshechada con cierto calor, y el jóven militar respondió ingenuamente: «!Si yo no hago mal á nadie!»

Y sin embargo, la vigilancia continuaba, es verdad que sin resultado. Suizos y bedeles, cantores y pipor-

ristas empezaban á fundar sobre el caso una porcion de historias terribles, cuyo desenlace habrian de revelar los tribunales.

La honrada apariencia del muchacho, su aspecto reservado, las muestras de piedad que daba con la mayor naturalidad; sin sobrada ostentacion, quitaban el sueño á los que por deber la vigilaban.

En fin avisado del caso el prelado, y una vez convencido de la verdad de los hechos, sin tratar de averiguar su importancia, solicitó el apoyo de la autoridad militar.

El Obispo sentia dar aquel paso. Naturalmente amigo del soldado, temia descubrir alguna falta grave cuyas consecuencias influirian desfavorablemente en daño del uniforme militar.

El General ignoraba absolutamente la asistencia asidua de uno de sus soldados á la catedral.

En el mismo instante envió un sargento de planton al templo, con orden escrita de conducir al soldado al palacio episcopal.

En caso de hallarse ausente, el sargento debia aguardarle, y si no venia, volver al dia siguiente á la Catedral hasta encontrarle.

Tres horas despues el General volvia al gabinete del Obispo. Al atravesar el patio divisó al sargento con el soldado de caballería. Este último parecia estar dominado por una gran emocion.

Apenas el sargento fué despedido, el soldado se presentó ante el General y el Obispo. Tenia unos veintidos ó veintitre años, sin barba, mirada serena y enérgica, la cabeza descubierta, y arrastró con cierta

dignidad las miradas que intentaban escrutar sus pensamientos.

Tras una breve pausa, díjole el general:

—No tenemos nada que echaros en cara, ¡hijo mio, y no estais ante vuestros jueces. Únicamente deseáramos, ¡monseñor y yo, saber con franqueza por qué os pasais en la Iglesia cuatro ó cinco horas seguidas paseándo, sentándoos ú observando...

—Dispense usía, mi general; nunca estoy más que dos horas seguidas, y siempre estoy de pié.

—Importa poco el tiempo, amigo mio, importa poco la aptitud. Responded sin miedo. ¿Qué vais á hacer en semejantes lugares! Sonrió el joven militar, y dijo con encantadora sencillez:

—Monseñor, yo soy hijo de un pobre labrador de las orillas de la Dordogne, y apenas sé ni leer ni escribir.

En mi pueblo tenemos un cura anciano que todas las tardes, despues del trabajo del dia, reúne en un rincón de la iglesia á los muchachos de 16 á 20 años. Los demás pueden ir, pero no se admiten más que los hombres.

El cura no echa sermones, pero habla con nosotros, y nos pregunta sobre nuestras necesidades y nuestros proyectos, nos dá consejos, escucha nuestras miserias y recibe nuestras promesas.

Una noche, era esto durante la vendimia, nos dijo: «Hijos míos, haced siempre alguna cosa por Dios, cuando vuestros canastos estén llenos de uvas dad un racimo al pobre que pasa por el camino. Si sois carpinteros, dedicad una hora al Señor compo-

niendo un barco de la iglesia, la cruz de madera del *Via-Crucis* ó la mesa de una viuda. Cualquiera que sea vuestro oficio, os produce dinero aunque no tanto como para dar. Pues bien, hijos míos, haced caridad con vuestro trabajo; sea un dia, sea otro, ocupad vuestros brazos, vuestras manos, vuestro cuerpo *por Dios*. Y durante ese trabajo, pensad en El, que os verá y bendecirá. Y ya vereis cuán contenta se siente vuestra alma.»

Ahi tiene V. E. señor Obispo, lo que nos decia el bueno del cura. En el pueblo ya daba yo mi racimo de uvas por Dios; pero en el regimiento, ¿qué diantre podía yo dar?

Pues, Señor, un dia dije yo para mis adentros; hay que dar algo, y este algo tiene que ser cosa del oficio. Mi oficio es ser militar, pues bueno, daré una guardia. Dicho y hecho, desde aquel dia hago la centinela en la casa de Dios durante dos horas, de pié sin chistar, como lo reza la ordenanza, y sin olvidar ni un momento la consigna.

—¿Qué consigna?—pregunto el general, con amabilidad.

—¡Toma! La que Dios me da cada vez que voy. Sea por la oracion, sea por las voces del órgano, y por lo regular por el silencio imponente que reina en la iglesia, el caso es que yo oigo la consigna; ó que mi alma la siente. Así es que allá trabajo *por Dios*, y supongo que mi cura no tendrá queja de mí. Levantóse el Obispo, y estrechando las manos del soldado abrazóle con ternura dándole un ósculo en la frente. El bueno del militar se quedó hecho una pieza, pues tenia un alma feliz, un corazón

sencillo y una fé como un templo.

Lo que acabó de referir no es un cuento, sino una historia que muchas personas conocen como yo. No tengo que decir que es verdadera en todas sus partes.

Cada uno de nosotros puede encontrar en ella una lección, por que todos nosotros manejamos una herramienta para trabajar.

¿Porqué no hemos de dedicar algún rato á trabajar por Dios?

Una asociacion podría realizar maravillas proponiéndose esta idea por base.

Imitemos el ejemplo de aquel pobre hijo del labrador, que daba un racimo *por Dios* y que siendo soldado hacia la guardia *por Dios*. Aquel servia al Señor guardando su santa casa y permaneciendo en la inmovilidad: sirvámosle nosotros con nuestra actividad.

GENERAL AMBERT.

VARIETADES.

El periódico de Verona (Italia) que se titula *L. Adige*, refiere que, representándose en aquella ciudad un drama sacrilego, una indigna é ímproba parodia del dogma católico de la existencia del infierno, uno de los cómicos, el que con más calor trabajaba y más aplausos recogía, cayó repentinamente muerto en una de las escenas más brillantes.

Sin pretender precisamente que haya conexión entre el suceso y el drama, dice otro periódico nada sospechoso por cierto, la lección no puede ser mejor para actores y espectadores.

En Tueson (Estados Unidos) acaba de ser bendecida y se ha abierto al culto divino una nueva iglesia.

El santuario Fourvière, recién edificado en Lyon, ha costado 4.200.000 francos, ó sea unos diez y seis millones y pico de reales.

En estos últimos días ha tenido lugar la solemne ceremonia de abjurar sus errores protestantes, en Nápoles y Pádua respectivamente, dos jóvenes nobles, llamadas Eugenia Heinz y Eugenia María Weiringer.

Recientemente ha abjurado sus errores protestantes, siendo recibido en el seno de la Iglesia católica, el conde de Seebach, antiguo representante de Sajonia, cerca de Napoleon III.

Sus hijos se están educando en Berlín, en la Religión católica.

«En Jolleville, poblacion francesa (Oise), hace pocos dias sucedió un hecho terrible. Entró en una pobre alqueria un maquinista pidiendo se le permitiera acercarse á la lumbre para calentarse. El propietario levantóse al punto en busca de leña.—No hay necesidad de buscarla—dijo el comisionista señalando una imagen de Jesús crucificado.—No, no—exclamó el propietario—no toqueis esa imagen, y se fué en busca de leña.—Levantóse el comisionista, y tomó el crucifijo, rompióle las piernas y lo echó al fuego. Continuó poco despues su viaje, pero no tardó en sentirse en extremo fatigado, sin poder tenerse en pié y exclamando: «Tengo las piernas rotas y quemadas!»

algunos pasajeros lo llevaron á una casa vecina, donde há poco espiró, gritando de continuo que le habian roto y quemado las piernas cerca de la rodilla. Era el lugar mismo en que habia roto las piernas de aquella imágen, y en efecto, los circunstantes vieron sus piernas negras, disecadas y como quemadas. Corrieron algunos á llamar á un sacerdote; pero cuando éste llegó el infeliz habia ya dado el último suspiro. Este terrible suceso á causado grande impresion en todo aquel país, como lo refieren algunos periódicos franceses.

Hay una ciudad hermosísima, de clima tan sano, que no se conoce en ella enfermedad alguna; y se hallan reunidas cuantas cosas agradan á los sentidos y potencias;

En aquella ciudad no hay envidias, ni venganzas; no hacen falta ejércitos que la defiendan, porque nadie daña á otro, todos se aman entrañablemente, gozando con la felicidad ajena como con la propia. No hay cárceles; porque no hay culpados; no hay cementerios, porque nadie se muere; no hay dolor porque todos tienen lo que desean, y á nadie le puede sobrevenir cosa que le dé pena.

¡Por qué cosas tan poco de estimar deseamos ver algunos países! ¿Quieres ir á la Ciudad de que te hablo? En tu mano está. *Si queréis entrar en la vida, guarda los mandamientos.*

Juzgaba siempre (*San Miguel de los Santos*) que era muy limitado su amor; y para amar como debia al sumo bien, se alentó á pedir al Se-

ñor que criase en él un corazón nuevo, ó á lo ménos le diese otro más capaz y más encendido en su amor. Fué tan agradable á su Divina Majestad la peticion, que quiso despacharla con mayor liberalidad y fineza que la que podia el pretendiente imaginar. Quitóle, pues, Cristo á su amante Miguel el corazón, y tomándole para sí, pasó luego á darle el suyo propio, colocándolo en el lugar de donde le habia quitado á este serafín el que tenia, (P. Vriarte, *Principios del Reinado* Introducion pag. XVII).

No hay mal que tenga ó haya tenido algun hombre que no me pueda sobrevenir á mí. No tengo bien alguno de que no me pueda ver algun dia privado.

Veo cojos, ciegos, mancos, tullidos, lelos, locos, idiotas; enfermos, mendigos, ignorantes, encarcelados, condenados á trabajos penosos..... Si me veo libre de estos males, favor es que Dios me hace, sin haberlo yo merecido.

Me guardaré de burlarme de los desgraciados, pensando que puedo incurrir en la misma ó mayor desgracia. Me guardaré de abusar de los dones de Dios, que me los ha dado para que le sirva con ellos.

Segun noticias recibidas de Santander, La recepcion del nuevo señor Obispo ha sido magnífica: Las autoridades y el pueblo sin detencion de clases han rivalizado en obsequiar y aclamar al Sr. Sanchez de Castro.